

«El mal es más sibilino de lo que parece»

Gonzalo Garrido
Escritor.

'Las flores de Baudelaire' no habla de versos, sino del Bilbao floreciente de principios del siglo XX



Gonzalo Garrido.
FOTO: JOSÉ RAMÓN LADRA

ENTREVISTA

EDUARDO LAPORTE



Gonzalo Garrido (Bilbao, 1963) ha aterrizado en la literatura a una edad madura, pero no por ello se le debe considerar un autor novel. 'Las flores de Baudelaire' (Alreves) es su primera novela, y antes de ella no hubo nada, pero Garrido se dice y se siente escritor, porque desde niño recibió una educación encaminada en esa dirección, que ahora se manifiesta con esta novela, y con otras en marcha. Una historia de género, ambientada en el Bilbao de 1917, pero que intenta ir más allá del 'quién es el asesino', y que arranca con la violenta muerte de la nieta de Klaus Krüger, modelo, o no tanto, industrial de la época. No falta el remedo de Sam Spade, Maigret, Carvalho o Montalbano, en la figura de Alfredo Maldonado, un peculiar fotógrafo de conducta 'amoral' que se implica en el caso, y que sirve de vehículo para que el lector viaje por ese

Bilbao pletórico en el que se forjó buena parte del espíritu de la ciudad.

– Viene del mundo de la abogacía, de la empresa, de la comunicación corporativa... ¿Cómo se salta al campo literario desde ese sector?

– En el trabajo de la comunicación, escribir es una de las facetas más importantes. Tanto discursos, como notas de prensa, pequeños textos... Tienes que estar activo con la redacción y eso me ha hecho perder el respeto a la hoja en blanco. Ha sido un proceso natural, algo no pensado ni estructurado, pero es verdad que con el tiempo vas soltando la muñeca. Antes de esta novela, no había escrito ni un relato, ni un poema, nada.

– Ha compuesto una novela de género, pero en la que el género, el asesinato, la trama, parece un mero apoyo para contar otras cosas, de mayor calado. ¿Lo ve así?

– He querido que la intriga sirva para ayudarme, que sea el enganche por el que el lector se deje llevar, y eso es algo que la intriga te permite bastante bien.

– Se aprecia un gran afán en hacer un retrato verosímil y rico de la época en que transcurre la acción, pero sin que parezca una foto vieja. Hablar del pasado sin que se note que hablamos del pasado. ¿Ha perseguido ese efecto?

– Es un periodo de la historia muy parecido al actual, sobre el que me he informado bien. En aquel 1917, la globalización existía, de otra manera, con otros límites, pero existía. El desarrollo tecnológico iba muy rápido con el avance del vapor, la medicina, el automóvil, la aviación... Se da entonces una especie de explosión, que a mí me venía bien como novelista, porque cuando empecé a escribir la historia vivíamos todavía el 'boom' español, ya que aún no se había pinchado ninguna burbuja. Respecto a intentar reflejar la mentalidad de esa época, me parecería un atrevimiento. No conozco ni la actual, o sea que la de cien años atrás... Pero sí que he intentado jugar con los elementos, y que las cosas no chirriaran demasiado.

Ambiente social

– Quizá hay aspectos que pueden sorprender, como cierto desparpajo en las relaciones, y propensión a contar sentimientos, intimidades, lo que choca con el carácter reservado del vasco medio...

– Éramos más abiertos de lo que pueda parecer. Todo es cíclico. La gente de la República era mucho más extrovertida que la que vino después, en la dictadura. Las abuelas eran más abiertas que las hijas.

– Hace dos días se especulaba con el ladrillo, ¿qué burbujas se inflaban entonces?

– El equivalente era el mineral de hierro, que hizo que Bilbao fuera como hoy Catar con el petróleo. Se trata de una materia prima muy fácil de extraer, porque además se encontraba al aire libre, por lo que no hacía falta mucha infraestructura... Y luego teníamos a las poderosas empresas británicas o belgas comprando a mansalva para los altos hornos de sus industrias.

– En 'Las flores de Baudelaire' se dejan caer algunos comentarios agrios sobre su ciudad natal, como ese grupo que conforman «los personajes dedicados a que Bilbao fuese armónico». ¿Ha querido desmarcarse de la loa habitual?

– Soy muy contrario a las personas satisfechas, y a las ciudades, los países, los pueblos encantados de conocerse. Y Bilbao ha pecado un poco de eso, sobre todo en aquellos años, aunque luego la ciudad ha evolucionado y ha sufrido mucho durante muchos años, por lo que ha rebajado un poco esa autocomplacencia. Por otra parte, ha sido una ciudad que ha tenido movimientos interesantes, pero que no ha aceptado muy bien el mundo cultural. Un ejemplo claro de eso es que en el País Vasco no hayamos tenido nunca una gran editorial.

– Como Planeta o Seix-Barral en Cataluña...

– Exacto. Cataluña, siendo comparable en términos de riqueza, ha cuidado muchísimo su cultura, sus escritores, sus artistas. Nosotros hemos tenido una mentalidad más 'ingenieril', más de producción. Se ha valorado a los que se llamaban 'los grandes capitanes', de la ingeniería, de la economía, los que salían de Deusto... Pero los grandes capitanes, por usar la misma jerga, de la cultura, como Unamuno, se tenían que ir.

– Además del fotógrafo-detective Maldonado, la novela pivota sobre la familia Krüger, un clan poderoso que, por su procedencia extranjera e influencia empresarial, podría recordar a otra familia real del País Vasco. ¿Se inspiró en ellos?

– Realmente no está inspirada en ninguna familia, aunque sí es verdad que he leído, para documentarme, sobre las tradicionales familias vascas. Pero en realidad ha sido al revés. Busqué un nombre extranjero para desligarme de la realidad cercana, para tomar distancia. No he buscado ningún modelo para después reproducirlo.

Odio familiar

– Haciendo alusión al título, que a su vez alude al mal, parece que es precisamente en las familias donde se generan las semillas del odio o frustración, cuyas consecuencias afloran con el tiempo. La novela se puede entender también como una radiografía del mal, de su motor...

– El mal está presente en todas partes. ¿Cómo se activa? A veces basta una tontería, un roce de alguien que te ha herido, o que te toca un complejo que uno tiene. He querido retratar la presencia del mal, que es algo más sibilino de lo que parece. No hablo del mal evidente, ese que estalla cuando uno le pega una bofetada a otro. El mal es mucho más puñetero, mucho más retorcido.

«La gente de la República era mucho más extrovertida que la que vino después»

«Soy muy contrario a los encantados de conocerse. Y Bilbao ha pecado un poco de eso»